

SONSÓN EUCARÍSTICO Y MARIANO

Fabio Villegas Botero

Esta sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia, que hoy realizamos en Sonsón, en la Casa de la Cultura Roberto Jaramillo Arango, gracias a la honrosa invitación de ésta y del Centro de Historia, coincide con la culminación del Congreso Eucarístico y Mariano del Suroriente de Antioquia y el Segundo Encuentro de Música Religiosa en la ciudad. Quiero centrar esta charla sobre el sentido de la devoción eucarística y mariana de Sonsón en el proceso de su fundación y desarrollo a lo largo de sus dos siglos de vida, y preguntar si todavía pueden seguir vigentes en esta tercera centuria que coincide con la primera del tercer milenio, que ya avanza veloz.

Antes de comentar lo referente a la devoción a María, donde creo poder encontrar particularidades más notorias, haré una pequeña consideración respecto a la Eucarística. No sé hasta donde pueda haber llegado nuestro pueblo en el conocimiento de tan sublime misterio, tanto del Sacrificio en sí, como de la presencia en los sagrarios y la recepción de la comunión. En Sonsón, como en todo el Oriente, la asistencia a la misa dominical era una obligación sagrada, exigida desde los púlpitos con amenazas. Con todo, era a la vez, un momento social de trascendencia. Para las familias urbanas y campesinas el domingo era un día especial. Había que dejar todas las ocupaciones, vestir los mejores trajes y acudir fervorosos a la misa. ¿Aprovechaban los sacerdotes tal concurrencia para acendrar un verdadero cristianismo? Creo que poco. Los fieles, fuera de arrodillarse al sonar la campanilla de la elevación y pronunciar: “Señor mío y Dios mío”, como expresión de fe, poco comprendían la profundidad y extensión del Sacrificio Redentor. Lo importante era cumplir con el precepto. Escuelas y colegios iban con frecuencia en comunidad para que los niños y niñas se habituaran a asistir.

En cuanto a la comunión, el recibir a Jesús por primera vez era una de las grandes fiestas de la vida. A los niños y niñas se les daba la catequesis pertinente, pero su mente estaba mucho más en su vestido nuevo, sobre todo, el de las niñas, como de novias, y en los regalos de padres, padrinos y parientes. Hecha una primera confesión a la edad casi inconsciente de siete años, ya estaban suficientemente preparados. Por desgracia, para muchos era la última oportunidad de una catequesis, así en las casas e instituciones educativas (para los pocos que podían disfrutarlas) se procurara continuarla. Las parroquias, por su parte, promovían el catecismo dominical.

No sé desde cuándo se extendió en Antioquia la devoción de comulgar los primeros viernes de cada mes. Puede haber sido desde la colonia, ya que la mayoría del clero se formó con los jesuitas, sus promotores, primero en Bogotá, Popayán y Quito, y luego en su colegio de Santa Fe de Antioquia hasta su expulsión. De no ser así, la impulsarían después de su restauración cuando fueron traídos a Colombia por Mariano Ospina Rodríguez en 1844. Ese día era como un jubileo. Las mujeres se confesaban hasta la tarde de la víspera. Los hombres acudían aun de remotas fincas y veredas a confesarse la noche del jueves, que remataba una hora santa con el Santísimo expuesto hasta la media noche. Cada parroquia reunía el mayor número posible de sacerdotes para atender las confesiones.

Otras prácticas eucarísticas eran las 40 horas, triduo de adoración a la Eucaristía como preparación a las fiestas patronales y otras similares. También el Trisagio las tardes de domingo, con bellos cantos litúrgicos en latín, y la bendición final con la custodia. Pero el tributo más solemne a la Eucaristía se le rendía el Jueves Santo en los hermosos Monumentos, y, sobre todo, el Jueves de Corpus, con una solemnísimas procesión por el marco de la plaza principal. Los párrocos aprovechaban ese gran concurso de fieles, todos endomingados, para celebrar el Altar de San Isidro, en el que todos se volcaban con sus ofrendas de frutos y animales del campo, dinero y otros artículos para el culto y sostenimiento de la parroquia. Eran famosos los remates y las cantarillas, que a la vez le daban el tono de una fiesta social.

Finalmente, cuando había que llevar la comunión a los enfermos, el sacerdote lo hacía revestido y bajo un palio, mientras el acompañante tocaba la campanilla, que al oírlo los fieles aun en el interior de sus casas exclamaban: “Bendito, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Sea por siempre bendito y alabado”. Se puede, pues, afirmar que la ciudad y todos sus habitantes estaban de continuo sintonizados con el culto eucarístico, así fuera solo de forma ritual. De ahí, también, el fomento de las vocaciones sacer-

dotales y religiosas, tanto de hombres, como de mujeres, que le dieron a Sonsón el apelativo de ciudad levítica.

Veamos ahora lo referente a la devoción mariana. Uno de los grandes móviles de la conquista de América fue una especie de cruzada, ya no de reconquista, como la que acababa de terminar con la derrota definitiva de los moros en Granada, sino de conquista de los infieles del nuevo continente al que arribaron precisamente el 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar de Zaragoza. En el territorio de Colombia la primera ciudad fundada en 1510 fue consagrada a la Virgen, bautizándola Santa María la Antigua del Darién, advocación que llevaría ésa, la primera diócesis de “Tierra Firme”. Cuando Pedrarias abandonó la ciudad, fundó en su reemplazo la de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá.

Si alguna devoción había arraigado en lo más profundo del pueblo español, y éste la difundió en América, fue la de María como Inmaculada, Madre de Dios, Reina de Angeles y Santos, Intercesora ante su Hijo, Amparo en las necesidades, Consuelo de afligidos. Precisamente su nombre María con el hebreo Myriam y otros muchos referidos a Ella, como Amada, Amanda, Amparo, Angélica, Aurora, Blanca, Candelaria, Carmen, Concepción, Consuelo, Dolores, Inmaculada, Mercedes, Reina, Rosa, Rosario, Socorro y los de algunos santuarios dedicados a honrarla, como Chiquinquirá, Guadalupe, Fátima, Lourdes y otros, han sido los preferidos a la hora de bautizar a nuestras niñas. A los varones se les pone como un segundo nombre María después de Jesús, José, Juan y muchos más.

Nada extraño. Desde la propia fundación de la Provincia de Entre Dos Ríos, germen de nuestro actual departamento, la imagen de María se viene entronizado en todas las casas y sitios de trabajo. Lucía Londoño de Franco en *El viaje de mis genes* cita una de las primeras ordenanzas de minas promulgadas por Gaspar de Rodas, a quien se tildaba de converso judío: “Cualquier minero o señor de cuadrilla sea obligado a tener y tenga en su rancho la imagen de Nuestra Señora...” (pg. 242). En todas nuestras casas ha habido siempre una imagen de María en algún sitio principal, de ordinario los aposentos interiores donde recitaba el rosario toda la familia. Muchas veces en el antejardín o en un patio interior de la casa se construía una gruta o se colocaba una imagen de bulto de la virgen María.

No era solo en las casas. La imagen de María era omnipresente en caminos y puentes, en cerros y valles, en escuelas, colegios, asilos, hospitales, oficinas públicas y privadas, en las fábricas y toda clase de sitios para recordarla y honrarla. Claro que las imágenes que representaban sus múltiples

advocaciones estaban más presentes en las iglesias, ermitas, capillas y cementerio. Ni siquiera faltaba en las tiendas y cantinas, como la del Carmen sacando del Purgatorio a los pecadores arrepentidos. En Sonsón, desde su comienzo, se le han dedicado a María casi todos los templos. La primera advocación que trajeron los pobladores iniciales fue la de la Valvanera que se instaló en El Roble y luego pasó a la hermosa capilla que hoy ocupa, centro de intenso culto mariano. Vino posteriormente la del Carmen con la familia Restrepo Maya que construyó el primer templo, precursor de la actual catedral. Su devoción se acrecentaría con la llegada de la Orden Carmelitana y la construcción de su bellísima ermita. La última en llegar fue la Virgen de Chiquinquirá que es la patrona y se venera en la catedral. La Sociedad de Artesanos, fundada en 1903, rinde especial culto al Sagrado Corazón de María.

Eran múltiples las manifestaciones públicas y privadas en su honor. El toque del Ángelus a las seis de la mañana, las doce del día y las seis de la tarde para saludarla con las palabras del Ángel y el rezo de tres Avemarías. El carillón de la Iglesia parroquial sonaba cada cuarto de hora para que los devotos le rezaran y, al llegar la noche, toda la familia se reunía para el rezo del rosario al que no podía faltar ni siquiera la servidumbre. Una imagen de María, con su alcancía al pie, recorría las casas invitando al rezo del rosario y el obsequio de una limosna.

A lo largo del año casi se puede decir que eran más numerosas las festividades de María que las de su propio Hijo. El primero de enero, Santa María Madre de Dios, y el 6, día de los reyes magos, Ella estaba muy presente. Igual sucedía el 2 de febrero, en que más que la presentación del Niño se pensaba en la Candelaria como fiesta mariana. Venían luego la Anunciación, el mes de mayo dedicado a su honor y el de octubre al rezo del rosario. También las fiestas de la Asunción y de la Inmaculada Concepción antecedida esta última por la noche festiva de los alumbrados. Alguien podría objetar que las principales fiestas del año eran Navidad y Semana Santa. En aquella, el Niño Jesús es sin duda el foco, pero María y José lo son casi a la par. Y, si bien, en la Semana Santa la Persona central es Cristo, María está presente en todas las procesiones y momentos litúrgicos más importantes. Al final, tras las siete palabras, la muerte del Señor y el descendimiento, se recogía la feligresía, sobre todo femenina, para el sermón de la Soledad frente a la imagen patética de la Dolorosa. Ahí prácticamente terminaba toda esa semana de profundas emociones espirituales, no menos que de estrenos y activa vida social. La Resurrección pasaba desapercibida tras la celebración matutina del sábado de gloria.

Esta celebración del sábado santo, que no del domingo de Resurrección, junto con lo visto acerca de las imágenes de María, me lleva a plantear hasta dónde la religión especial de Antioquia, y, sobre todo, de Sonsón y los pueblos que de él se desprendieron, fue obra primordialmente de conversos judíos cuya presencia está hoy plenamente probada. Daniel Mesa Bernal en su obra *Los Judíos en la Historia de Colombia* trae dos citas bien dicientes. La primera del P. Manuel Alves: “tengo observado que la extrema religiosidad, la exuberante piedad de muchas criaturas devotas, no siempre da la limpidez de un cristiano viejo, como generalmente se piensa; mas sí, cualquier influencia de sangre israelita”. Y la segunda es de Swimburne en su obra *Viajes por España* publicada en 1787: “Dondequiera que se ve una casa muy adornada con imágenes, reliquias y lámparas, y cuyo propietario es conocido por ser el mayor beato de la parroquia, se puede estar seguro de que él y toda su familia son israelitas, por lo menos en el fondo de su corazón”.

Bien. Y ¿cómo influía María en el espíritu, principalmente, de nuestras mujeres? Para ellas era auténtico modelo de vida. Entre los rasgos que caracterizaban a la mujer, al menos hasta hace muy poco, Daniel Mesa Bernal habla como uno de los principales de la virginidad, representada en la Inmaculada. Según él: “El antioqueño era inflexible frente a la mujer que había sido violada y raras veces la perdonaba”. Cita a Virginia Gutiérrez de Pineda que escribe: “la mujer que ha tenido relaciones prematrimoniales destruye con este hecho los canales de realización cultural de su vida adulta, perdiendo totalmente su opción de llegar a la meta normal de esposa; su conducta divergente la ha marginado, porque ha violentado los vínculos con la vida moral...”. No me atrevo a insinuar que esta haya sido siquiera una de las posibles causas de que en tantas familias sonsoneñas permaneciera un número grande de mujeres que no llegaban al matrimonio ni ingresaban a los conventos. Atribuyámoslo, más bien, al desequilibrio demográfico de los géneros, en especial por la huída tan frecuente de sus casas de los jóvenes varones a sus quince años en busca de nuevos horizontes.

Veamos, más bien, cómo debió ser la vida diaria de la mujer en Sonsón, proyectada en un curioso “Reglamento para el gobierno doméstico de la familia i de la casa” en los primeros años de Manizales, reproducido por Marco Palacios y Frank Safford en *Colombia, Su historia*. (Se conserva la escritura original). Los artículos 1º y 3º son los únicos exclusivos para el padre. El 2º reza: “La madre de la familia es el segundo jefe de ella i de la casa, i en su carácter de tal se le debe prestar obediencia por sus hijos i domésticos de la casa, bajo las mismas restricciones que tiene el padre de familia”. El 4º. “Es obligación imperiosa de la madre de familia manejar todo lo que suministre

el padre para bestuario i subsistencia de la familia, con la economía y buen orden que demanda tan sagrado deber, buenos hábitos y sanas costumbres de los hijos. Para conseguir tan precioso fin es preciso que la madre observe sin quebrantar jamás las siguientes reglas, salvo un imposible:

1^a. Debe hacer que sus hijas se acostumbren a levantarse de la cama a las cinco i media de la mañana... 4^a. Mientras que las hijas estén en el colejo debe hacerles observar estas reglas, que: antes de irse para su estudio, hagan todo lo que puedan para dejar el aceo y arreglo de la casa en buen estado, (...) Cuando salgan del colejo al medio día debe enseñarles a cada una algún oficio para que se pongan a hacerlo. 5^a. Cuando las hijas salgan absolutamente del colejo, será necesario que la madre le señale a cada una un destino en la semana, poco más o menos así: a una le entrega la despensa para que la administre, se haga cargo de hacer preparar el almuerzo, comida, merienda i desayuno (...). Otra se encargará del aseo de la casa, tender camas, limpiar los muebles, mudar i asear los niños chicos. La otra se encargará de las costuras, remendar ropa i colocarla en sus respectivos lugares (...). Cada una de las hijas debe responder por todo lo concerniente al oficio que se le haya encargado.

Artículo 6^o. Las costumbres cordiales se observarán por la madre i hijas, teniendo muy presentes las reglas que establece la urbanidad para las relaciones i visitas (...). Debe procurarse que una de las hijas se quede en la casa i las otras salgan a las visitas con su madre, i nunca solas. (...). Artículo 7^o. La madre debe visitar las casas de sus padres dos o tres veces en la semana procurando hacerlo los domingos i jueves por la tarde. (...). Artículo 9^o. Jamás ocultará la madre al padre ninguna falta grave de las que por desgracia cometan las hijas e hijos, pues la tolerancia u ocultación de faltas puede ser la pérdida perpetua de un hijo, por no haberse puesto remedio a tiempo. Artículo 10^o. No será leído por la familia ningún periódico ni libro alguno sin que el padre o jefe de familia haya dado el correspondiente permiso. Artículo 11^o. Las llaves de la despensa, alacena, escaparate y demás, permanecerán siempre guardadas i en poder de la madre o de sus hijas que hayan obtenido la tenencia de la casa. Artículo 12^o. Este reglamento será leído, en familia, cada ocho días...”

Ese ideal de mujer, que quizás se creía ejemplarizado por María, ha desaparecido por completo. Hoy las circunstancias ya no permiten una mujer casera, entregada a los quehaceres domésticos, viviendo una vida casi conventual, incomunicada del mundo aun por periódicos y libros. La realidad actual ha dado paso a una mujer que reclama el “libre desarrollo de su perso-

nalidad”, que disfruta largas horas frente al televisor y la internet, que lee toda clase de periódicos, revistas y libros, que estudia en escuelas, colegios y universidades mixtos, que actúa de modelo, que disfruta las rumbas, las excursiones, y, mucho más, el trato libre con el novio, y toda clase de relaciones sociales, que participa en las diferentes actividades de su ciudad, departamento, país y el mundo.

¿De esta nueva mujer serán también modelos apropiados la Eucaristía y, en especial, la Virgen María? Sin duda que sí. De hecho, el culto eucarístico y el de María, así se redujeran casi exclusivamente a ritos externos o a un imaginario puritano, hicieron de los sonsoneños y sonsoneñas personas de gran nobleza, gran dignidad, gran espíritu de superación. El ethos de colonizadores y fundadores de pueblos y ciudades de enorme empuje y cultura, (como la grecoquindiana de que se enorgullece el viejo Caldas), y en cuyo seno se han formado personalidades eminentes en todos los ramos de la ciencia, la religión, la economía y la política, brotó precisamente de esa vida religiosa austera y metódica centrada en el culto de la Eucaristía y de María.

Ambas son un modelo siempre actual. Pero su culto tiene que fundamentarse en una teología, una moral y una liturgia renovadas al tenor del Vaticano II. La vida del cristiano desde la cuna hasta el sepulcro está iluminada por el misterio de las personas divinamente humanas de Jesús y María. Según el Concilio, para el cristiano: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. (...) El hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad” es el objeto de: “la obra misma de Cristo, quien vino al mundo (...) para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”. Ninguna actividad sacra o profana, ningún valor individual o colectivo, ningún ser espiritual o material, nada de cuanto afecta nuestro cuerpo o llega a nuestra mente es algo que deba rechazar. Todo lo contrario. Con todo ello se puede enriquecer y elevar.

Ni la sensibilidad, ni la sensualidad, ni la sexualidad, ni el amor son impuros por sí. Cada uno debe tener una utilización y un disfrute ordenados al bien personal, a la vez que comunitario. “En la unidad de cuerpo y alma, dice el Vaticano, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material. (...) La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que lo esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón”.

La entrega del Hijo de Dios y de su madre María a la humanidad, es el modelo universal y perpetuo para todo creyente, todo ser humano. Es lo que permitirá que el Sonsón de hoy, como el de ayer y como el de mañana, no

importan los cambios religiosos, sociales, culturales, económicos, políticos y de todo orden que se presenten, pueda seguir encontrando en la Eucaristía y en María el modelo y el estímulo para la vida sencilla de cada día, como para las hazañas más audaces que intente. Su orgullo de persona, la dignidad de su conciencia moral y la grandeza de su libertad, que le reconoce el Concilio, lo llevarán a cumbres de virtud y superación individual y colectiva mucho más elevadas que su majestuoso Páramo y su emblemático Capiro.

Sonsón, 24 de septiembre de 2005